

B
16849 pro. 3.

BIBLIOTECA NACIONAL DE COLOMBIA
FONDO
BERMAN Y GABRIELA ARCINIEGAR

ARTURO CAMACHO RAMIREZ

PRESAGIO DEL AMOR

POEMA

Entregas «PIEDRA Y CIELO»

A veces me quedo pensando, cual pudiera ser la forma del poeta sobre el mundo, si tratáramos de representarnos en un cuadro, su disperso rumbo unánime. Entonces lo imagino tendido en su materia corpórea, como un puñado de tierra húmeda. Prodigando fluidamente su total estructura, revuelta espesamente al agua de la lluvia. Integrándose a las grietas, empapando las resacas raíces, trepando hasta el temblor de los estambres, esparcinéndose diminutamente en el viento, ascendiendo en el vaho de la madrugada, crucificándose con labios sedientos en el madero de los árboles. Veo sus ojos mirando desde todos los ríos, su oído escuchando entre toda materia ciega, su paladar formándose y sus papilas abriéndose con el primer sabor de las frutas, conociendo su agria delicia antes que el ojo de los niños. Percibo su nariz pegada a toda emanación de planta o bestezuela, su mano experta modelando la redondez de los senos o de las naranjas. Veo su fusión con el mundo, su lograda identidad, casi su absoluto desaparecimiento, si no nos llamara su antigua voz, siempre tan nueva y desconocida.

Y si el espacio es mano o criba de sembrador para lanzarlo a la presencia de toda cosa creada, el tiempo también lo lleva en cada gota caída de sus péndulos, en cada instante que rueda entre su presión vascular, en cada hebra que hilan los punteros sobre nuestra garganta para hacernos la angustia.

Ahora vuelto los ojos a un poeta, encuentro que hacia estas dos dimensiones totales al hombre—tiempo y espacio—está certeramente dirigida la obra de Camacho Ramírez. El también ha echado sobre su sangre el goce de las creaturas jubilosamente logradas, el esfuerzo de las debilmente sostenidas, el peso de las duramente tronchadas. Igualmente ha lanzado al aire el pasmo de sus ojos ante el momento cierto que vivimos, y sentido dentro de su propia carne pasar las ruedecillas del reloj, como si él fuera el inevitable grano de su pequeño molino que no espera.

Por todos los poemas de Camacho Ramírez como por todos los poemas de Eduardo Carranza, para buscar el más distante, se llega a la mujer. Solo que en este último la mujer está vertical como surtidor o espiga, erguida en su gracia y desconocida entrega, en tanto que en Camacho Ramírez es horizontal como zurco o río, ondulante en su regodeo o consumada primicia. En ambos una sexualidad diversamente polarizada. Pureza de presagio en uno y amargo sedimento de experiencias extraídas de lo más hondo del recuerdo en el otro, hacen que las mujeres de Carranza transiten de la vida a los corredores del sueño y las de Camacho Ramírez de la vida a los acantilados de la muerte.

EN PRESAGIO DE AMOR, una parte de su libro «Límites del Hombre», está todo el delicioso espanto de sentirse blanco de sus espinas. De tener que atestiguar de nuevo que la posesión del bien al mostrarnos el límite de su goce, sólo consigue llevarnos a los dominios de la muerte.

Tremenda experiencia de estar enamorados fuera del tiempo, y de repente una mañana comprobar delante de un reloj que apenas somos hombres.

1

NADIE sabrá las duras madrugadas
la soledad y el tiempo suspendidos.
Hoy, otra vez, amor, tu lirio exacto,
lleno de minerales y sonidos,
con sus manzanas de furor buscando
el sitio negro de los sacrificios.
Dónde la sangre, amor, se arremolina?
En qué gruta se escucha su gemido?
Que yo estoy lleno de luceros agrios
sobre los caracoles de mi grito.

Que estoy sobre la tierra como un hombre
en la alta soledad de su vestido,
como la voz sobre mi cuerpo absorto,
como sobre la voz tu nombre antiguo,
cual tu nombre, otra vez, sobre la tierra,
rota simiente de árbol sumergido.

Entre duros océanos me mando
y hacia islas ahogadas me dirijo
y palomas del mar lentas se clavan
a mis espaldas con ardiente pico
y sus alas me impelen al naufragio,
amor, de tus espacios divididos.

Estoy aquí teñido de relámpagos,
con el justo sabor de mi existencia,
entre un mundo de vientos apagados
que rodean la flor de mi presencia.
Y el amor con su río rencoroso
y sus nieblas de sangre renegada,

con sus estrellas de esmeril oculto
y su clima mordiendo las entrañas,
con sus planetas de humo devorado
y su turbio satélite de lágrimas.

No era la muerte de retoños vivos
y de yertas monedas escapadas,
ni su rosa subiendo por el sueño,
ni su dulce serpiente que se instala,
ni su nieve furente desprendida,
ni su furtiva exhalación de bala,
ni su aroma de llanto prevenido
segado por la hoz de las pestañas.

No era la muerte como pez redondo
de materia viviente disecada,
ni el temblor numeral de las arterias
donde crecen las últimas palabras:
era la roja cesación del canto
por su paso interino en la garganta,

dejándome el amor como un mensaje
de carne y de violencia sepultada.

Mi boca es un impacto de sus besos
y mis huesos escuchan su llegada
y su esmeralda fija se rodea
de salobre pasión instrumentada
y su beligerante mediodía
y su suave tiniebla remansada
donde brotan minutos y poemas
y banderas de lumbre arrodillada.

Por su vértigo corren las ciudades
como visitaciones desatadas,
como tú mismo, amor, que te despliegas
en las formas patéticas del ansia
y tu nervio esencial que se desborda
como una cabellera sobre el agua.

Yo me estoy recobrando exactamente
en sus perfiles de ola coronada,

en su pliegue ordenado de ceniza
y mi ronca silueta se adelanta
hacia el día que erige su discordia
de girantes camelias empapadas
y su abstracto lamento y su horizonte
de lentas mariposas destrozadas.

Como trueno sonámbulo que hiera
las certidumbres hondas y dispersas,
como nube que vuelve del destierro
al país deshojado de la ausencia,
como relente seco y desmedido
que invade con su polvo las miradas,
su remota sustancia que regresa
a su ámbito, a su gota, a su distancia,
rompe los agujeros movedizos,
los desiertos de sal abandonada
y en túneles, caminos, procesiones,
se oye la invitación de su llegada.

Soporto su invasión, su brecha densa,
su trébol de resabio melodioso,
su atravesar de filos y campanas,
y en súbitos relojes sin reposo
su insistencia marina se acrecienta
y su inicial polémica conozco.

Presencia del amor; no era la muerte,
ni su lengua de azufre calcinada,
ni su horario siniestro repetido
en segundos, momentos, circunstancias,
ni su alarido de pasión suspenso,
ni su barco de sangre disparada:
era el amor de límite imposible,
de unánime expresión atormentada,
de nube sin contornos y de espejos
y mesetas de luna despoblada,
con su muda materia y sus acentos,
amor, amor, en número y palabra.

2

EN donde tiembla su voz
no habré de encontrar abrigo,
alto pecho, bajo sueño,
en naranjales baldíos,
con eco de diez canciones
y llanto destituído,
transido de dulces venas
su corazón sumergido,
con su cuerpo enamorado
flotando entre cinco ríos,

con su sangre derivando
a cinco puertos distintos,
con la concreción perfecta,
ay, de sus cinco sentidos.
Su arteria clara brotando
un lento sabor de trino,
su pequeña muerte atada
a su cabello tendido,
naciéndole en el costado
la sombra azul como un lirio.

Sus oros articulados
cómo golpean el instinto
y clavan en el deseo
sus corales advertidos,
sus jardines instantáneos,
sus zarzas y sus erizos,
sus agujas de diamante
y sus arcángeles tibios
que bordan sobre la piel
dudas de calor y frío.

Cómo lucha con el viento
su crisantemo tardío
y su forma iluminada
de asesinatos divinos,
que desgaja en las pupilas
sus lluviosos paraísos.

Forma del amor, escarcha
sobre la tierra y el trigo,
con el opio encarcelado
entre su cuenco prendido,
con su tallo de amapola
y su estambre enardecido.
Amor de espadas viajeras
y lanzas en desvarío,
cortando la piel del aire
y las trenzas del rocío.
Amor amoroso, amor
enamorado y explícito
con aceros afilados,
cometas y vellocinos.

Su éxtasis envenenado
circula aceites marítimos
y menudas golondrinas
hechas de carbón y vidrio
que se entrelazan buscando
equivocados caminos.

La presencia del amor
en los espacios se enreda
mientras resuena en el cuerpo
su desbordada marea
como si el nardo con piés
ligerísimos corriera
o en caballitos de espuma,
ebrios de luna y pelea,
en faroles y arbolillos
colgara su cabellera
—Absalón que inventa el arpa
inmolando su cabeza
donde manos invisibles

pulsan su nota guerrera—
sobre la noche y la sombra
que averiguan su presencia,
entre plumas sofocadas
y espirales volanderas,
flor del tacto que reclama
su simulada aspereza.

Ambar y marfil encienden
su frágil rostro huidizo.
Sus naves agujetean
mis ojos aridecidos
y mis manos se devoran
una otra en su delirio,
que siento en mi cuerpo escamas
y entrechocados cintillos,
saltos delgados que atreven
su cintura en el vacío
cuando se enreda en mis dedos
su dibujado martirio.

Mecido por ramas altas,
orlado de dulces gritos,
entre la nieve y la sangre,
entre la llama y el lirio,
un vaho verde de perlas
en su mirada teñido,
alto pecho, bajo sueño,
a la muerte sometido,
en mi propia voz se esconde
su presente poderío
y a mi pulso se asimila
el mapa de su latido.

3

PARA sus ojos en creciente
todos los puertos se encendieron:
los de los besos en los labios,
los de la médula en los huesos,
los de la voz en la garganta,
los de las uñas en los dedos,
los de la sangre en las arterias,
los de los brazos en el cuerpo,
los de la vida entre la carne
con torso duro y manifiesto.

Con torso mío enamorado.
y levantado valimiento
y crujimiento de mis vértebras
y exaltación de mis cabellos,
con peripecias de mi alma
en demoníacos trapecios,
con derribado corazón
y desplomado pensamiento.

En este cielo circunscrito
de lentos plomos acusados
y despojados materiales
en el silencio abandonados,
cruza el color de su fantasma
y el sordo níquel de sus ámbitos
en ondas mútilas resbala
sobre el sollozo y sobre el canto.

Con labio frío y doloroso
sorbo su veta militante

que corre cierta y perseguida
por los pecados capitales.
Si véis fulgir una ciudad,
Si adivináis un puerto unánime.
con barcas solas, peces fríos,
gaviotas, redes y altos mástiles,
pensad en mí que yo lo tuve
entre los muros de mi carne.

Pensad en mí que estoy viviendo
de su presencia inanimada,
de sus ventanas delirantes,
de su recuerdo y su distancia
y de sus luces que se trepan
sobre la noche y la mirada
como los frutos a los árboles,
como la voz a la garganta,
como el espanto a la tiniebla
sobre la tierra desmayada.

Aunque busquéis en mi palabra,
aunque lloréis en las esquinas
y desgarréis los puños, siempre
su ardua presencia me aniquila
y su gusano me devasta
y sus cuchillos me acuchillan.
Porque el amor sabe su nombre,
su sexo errante y su embestida
de doble toro acostumbrado
al sabor yerto de las ruinas.

Toda la historia de mi cuerpo
cabe en el globo de una lágrima;
sus tempestades ensordecen
aún las orillas de mi nada
y voy llegando a su ribera
con mi ardua muerte levantada
entre las manos, como un náufrago
que hace señales de llamada.

Mi calavera se evidencia
en la sonrisa congelada;
turbio verano su presencia
como una bruma se desata
o cual si un velo desgarrado
sobre un espectro se colgara,
flotante y húmedo ciñéndose
desde los ojos hasta el alma.

Amor, cuán cierto tu crepúsculo
y tu agonía circulante,
tu sabor loco entre la boca
de diluidos manantiales.
Vuelve otra vez a mis oídos
tu melodía interminable,
tu olor de brisa que ha viajado
sobre mujeres iniciales,
vuelve a mis ojos tu perfil
de dulce lirio indevorable,

vuelve a mi tacto tu vía láctea
que se me ciñe como un guante.

En el tramonto de los años,
entre un rebaño de elegías,
vendrán las horas de tu ahora
en desgarrada poesía.

Pero este tiempo detenido
de tu presencia inextinguida
inventará la primavera
a cada nueva tentativa.

PREGUNTADME por qué amé,
preguntadme,
que esta sofocación me está matando
en el círculo neutro de mi sangre,
que tengo el labio y el párpado
secos de tanto mirarle,
yertos de tanto besarle.
Esperadme:
decidle que yo no soy.
Escuchadme:

Por morder sus racimos y sus estrellas,
por ampararle,
tengo los brazos llenos de suplicios,
me dejo el corazón en cualquier parte,
invento calles nuevas,
bebo una gota oscura y miserable.

Si yo pudiera morir
sólo un instante,
qué barcos me llevarían
sin las islas inmensas de mi carne,
qué ciudades transidas me esperaran,
qué chorro entre mis venas se parase,
qué frescura subiendo,
qué rebullir de cielos capitales!
Pero amé.
Miradme
sin preguntarme por qué.
Estrujadme,
que tengo un nombre vivo todavía
y no hay sitio en que pueda sepultarle.

Seguidme por plazas locas,
por la tierra y por el aire,
por el agua y por el fuego,
buscadme.

Quién se ha parado a mi puerta?
Quién me obliga a sorber este vinagre?
Sea o no sea mi enemigo,
desterradle.

Quien me nombra está mintiendo,
quien me grita decidle que se calle
que ya no tengo espadas ni banderas,
ni torres qué oponer a su desastre.
Defended mi soledad
que yo le evité el combate,
no me dejéis que le vea,
no me obliguéis a entregarme,
no permitáis que me vuelva
de mármol inevitable.

Por el sur,
por el norte,
levantadme;
dadle batalla en mi nombre,
no dejéis que me arrebate
que ya sus manos me encierran
como tremendos collares.
Olvidos que estáis conmigo,
estrechadme
que sus recuerdos me silban
vetas de llanto sin cauce,
llenándome las entrañas
de arrecifes y puñales.

Violetas de pié desnudo
entre un otoño de sables,
pájaros escayolados
haciéndole preguntas a los sauces,
fotografías de cuello atormentado,
aviadores sin rumbo destrozando el paisaje,

ventanas pavorosamente abiertas,
leñadores con hachas sibilantes,
fronteras que se cierran,
palomas mensajeras sin mensaje.

Y yo en medio
como un viento ceñido a los cristales.
Y un rodar de canciones por el frío
y su suelta presencia que me invade
como un traje a la forma que lo habita
con su tinte reseco de sirenas veniales.

Yo sé que ya no hay remedio
y que debo resignarme
a su dura materia asimilada
y a sus hirientes púas digitales.

Recogedme entre la brisa
del mar que viene a buscarme.

En las milicias del fuego
sobre los hombros del aire.

En la pirueta del agua
sobre las curvas del valle.

En el tránsito perfecto
de la raíz al estambre.

Dejadme muerto en mi sangre.

Vengo a acogerme a este mundo
de panoramas sin sueño,
tendido serenamente
a la orilla de mi cuerpo.

Como una enredadera
prendida al universo.

Porque el amor dialoga con vocablos ardientes
entre las galerías rezumantes del sueño
y sólo un niño puede deshojar margaritas
al borde de la playa dispersa de su sexo.

Esta tercera entrega de PIEDRA Y CIELO

presenta

PRESAGIO DEL AMOR

de Arturo Camacho Ramírez, cuya impresión
de quinientos ejemplares se terminó en los
talleres de EDITORIAL CENTRO S. A. en
Bogotá el 20 de octubre de 1939.

Copyright by
A. CAMACHO RAMÍREZ
Bogotá - 1939

«PIEDRA Y CIELO»

Entregas quincenales

Dirige: JORGE ROJAS

Apartado Nacional 929

Bogotá, Colombia



SUSCRIPCIONES

| | | |
|---------------------------|------------|---------------|
| En el país. | 12 números | \$ 6.00 m./c. |
| En el extranjero. | " " | \$ 4.50 U. S. |

226287
p. 3

a929028 pza 3